

■ *Salón de Otoño: XVIII Salón Internacional de pintores malagueños. Málaga, Sala de Exposiciones Cajamar, Noviembre-diciembre 2005*

*José Manuel Sanjuan López*  
Investigador vinculado a la UMA

Como es sabido, tras la muerte del general Franco, a finales de 1975, se produjo una febril actualización de documentación y contenidos respecto al arte del siglo XX, información que había sido arbitrariamente escamoteada por la dictadura y sólo eludida por la acción puntual de escasas galerías comerciales. El advenimiento de la democracia y la posterior construcción del estado de las autonomías desencadenaron un aluvión de exposiciones individuales y colectivas para dar a conocer a la ciudadanía, con la mayor repercusión mediática posible, no sólo la obra de los maestros españoles de la vanguardia histórica, sino también de los artistas de las últimas décadas y, por supuesto, a consagrados autores internacionales a través de multitudinarias retrospectivas.

Este desmedido afán recuperativo de la memoria histórica –a la postre, basado más en la cultura-espectáculo que en un proyecto museográfico coherente– dejó un cadáver en el camino, la figuración tradicional, víctima involuntaria de cuarenta años de imposición gubernamental, y que ahora comprobaba, impotente, cómo paulatinamente instituciones públicas y privadas apoyaban sin reservas la difusión y promoción del “arte nuevo”, a la par que recibía las invectivas más furibundas por parte de un sector de la crítica, interesado y partidista, que preconizaba las bondades de las nuevas tendencias como la panacea para un arte español retrógrado y anquilosado.

Entre los numerosos premios, concursos y certámenes que testimoniaban el anclaje al pasado y a sus dictámenes academicistas, los Salones de Otoño constituían un escaparate inigualable con que prestigiarse los pintores consagrados y como ansiada promoción para los más jóvenes. Estos Salones han sobrevivido a los avatares artísticos del pasado siglo, y en la actualidad numerosas capitales españolas (Palma de Mallorca, Plasencia, Huelva,...) lo celebran anualmente como uno de los acontecimientos de la temporada. En Málaga se convoca desde hace 18 años con el nombre de Salón de Otoño de pintores malagueños, y su edición más reciente ha tenido lugar en la sala de exposiciones de Cajamar, del 21 de noviembre al 9 de diciembre del 2005, y auspiciado, desde sus inicios, por la Asociación de la Prensa de Málaga, institución que, por cierto, cumplía su primer centenario de actividad y festejaba tal efeméride mediante un periplo itinerante de la exposición por varias



1. Cartel XVIII Salón de Otoño

localidades de la provincia [1].

Ante todo, hay que descartar que el Salón de Otoño malagueño sea un reducto impermeable y estanco a las nuevas tendencias, indigno de ser tenido en cuenta, según la absurda y equivocada opinión de los apóstoles de la modernidad local. No pretendemos realizar una valoración pormenorizada de cada una de las 18 ediciones celebradas, pero sí podemos comprobar que nombres ilustres de la renovación pictórica malagueña como José Bornoy, Juan Béjar, Barberán, Francisco Hernández, Díaz Oliva o Francisco Aguilar, han compartido catálogo, en alguna ocasión, con autores tradicionales, como Torres Matas, Virgilio, Esteban Arriaga, Sánchez Gallardo, Rodrigo Vivar, Robles Muñoz o Antonio Caballero, entre otros. Por lo tanto, la convivencia entre tradición y modernidad ha sido una constante plenamente aceptada, tanto por el público como por los propios artistas, que además ha permitido oxigenar un evento –los Salones de Otoño– cuyo tufo academicista les ha estigmatizado durante toda la segunda mitad del siglo XX, y que ahora, a comienzos del XXI, se ofrecen como foros interactivos entre una figuración airosa y desinhibida y una modernidad que plantea sus riesgos y controversias, sin ser netamente iconoclasta [2].

<sup>1</sup> CORREDOR-MATHEOS, José: "El arte de las vanguardias y la modernidad moderada" en *Catálogo Colección Central Hispano, Del Realismo a la Actualidad, Volumen II*. Fundación Central Hispano. Barcelona, 1997, págs. 165-169.



**2.** *Perdiguero.*

De hecho, en la presente muestra, de las 32 obras presentadas, al menos doce confirman una patente y asentada renovación estilística y, en otros casos, interesantes conatos de una "modernidad moderada", expresión de José Corredor-Matheos que no ha perdido frescura ni utilidad<sup>1</sup>, sobre todo en unos artistas como los que tratamos. Dicha apertura no es exclusiva de autores de mediana edad, más proclives a la experimentación plástica y menos dogmáticos en sus planteamientos, como Maribel Alonso, con sus acrílicos pulcros de ejecución y ambivalente sentido; Pedro de la Rúa, de espátula diestra y empastes enjorjados, o Sánchez Rando, el más innovador de todos, cuya abstracción tiñe el paisaje de oscuros infortunios. Otros nombres más veteranos y de extenso currículo expositivo también confirman su antiguo y feliz maridaje con los lenguajes renovadores, caso de López Palomo y Perdiguero, ambos integrantes otrora del grupo "Nueve Pintores", y de quienes en otro lugar dejamos constancia de su compromiso ético y estético con el paisaje urbano malagueño, en un ejercicio de sincretismo melancólico y atemporal<sup>2</sup> [3].

Dentro del comedimiento por las formas y la contención del color, advertimos a Carlos Monserrate y a Martín Molina. El primero abandona temporalmente su

<sup>2</sup> SAN JUÁN LÓPEZ, José Manuel: *El grupo Nueve Pintores (1973-1993)*. Málaga, Cajamar, 2003, pág. 109.



3. López Palomo.

galería de retratos y homogénea, en un medio tono grisáceo, un recodo olvidado de la naturaleza, rocas y agua ensimismadas en su propia quietud. Similares premisas concurren en “*Dos ya no están*”, de Martín Molina, que en un formato atípico envuelve escenas previsiblemente cotidianas en un halo de misteriosa irrealidad: para ello sustituye profundidad y perspectiva por linealidad y evanescencia, además de integrar formas reconocibles en espacios diáfanos e indeterminados.

Por otra parte, ¿dónde ubicamos la pintura naïf?, ¿tradición o modernidad? Clasificaciones y encasillamientos aparte, es indudable que los paisajes rurales de Evaristo Guerra y los urbanos de Jaime Rittwagen forman ya parte, en cierto modo, del subconsciente colectivo malagueño por sus implicaciones vernáculas, y no es inusual encontrar obras de ambos en colecciones privadas, tanto de carácter marcadamente figurativo como abiertamente rupturistas. Para la ocasión, Evaristo Guerra presenta un cortijo-capilla, solitario y ubicado en una loma, rodeado de almendros en flor y alcornocos encendidos, envueltos en la habitual placidez y sosiego con que el pintor de Vélez armoniza todas sus escenas campestres. Rittwagen, por su parte, nos retrotrae a la Málaga de antaño, con sus tranvías atestados y sus veleiros al paio, esa que Manuel Alcántara rememora en su crónica histórico-sentimental *Málaga nuestra*, tiempos en sepia que una paleta rica y primorosa se encarga de colorear.

Otra cuestión que resulta sorprendente es la escasa presencia de bodegones y naturalezas muertas, habituales en este tipo de colectivas. Sólo dos autores, y ambos en clave hiperrealista, representan a un género que, en España, tanto ha aportado históricamente, por un lado, a la tradición realista, como demostración de destreza pictórica y captación veraz de lo externo, y por otro, desde el pasado siglo, a las vanguardias renovadoras, como vehículo fundamental –junto al paisaje– de innovación y asimilación de los nuevos lenguajes artísticos. Leonardo Fernández evidencia, una vez más, su habilidad con un bodegón frutero, *Cerezas*, que compendia todas las virtudes que se exigen para todo especialista en el género: claridad expositiva, organización espacial, calidades matéricas y, por supuesto, pericia técnica. Similar virtuosismo ostenta Lupe Sabio en su *Alacena*; sin embargo, a la par que demuestra su delicadísimo toque de pincel, intuimos una pulsión interior, una poética del deterioro que rivaliza con la faz aparente del motivo.

Y salvo la estampa de Valentín Kovatchev, un aguafuerte en combinación con manera negra, el resto de los artistas de la exposición basculan hacia una pintura de corte más tradicional, tanto en la temática como en la factura, sobre todo en el paisaje, género depositario de los últimos rescoldos de aquel luminismo mediterráneo y optimista, vigente durante muchas décadas y que tantos adeptos –pintores y público– aún hoy día conserva. Prueba de ello son Ángel Giró y Pérez Ramos, quienes persisten en su incansable escudriñar por Málaga y sus pueblos con una premisa muy clara: hallar en sus calles, rincones y plazas el aliento del pueblo andaluz, su vitalismo inmanente. También Rafael Molina, con un cromatismo menos fogoso y más perfilado, indaga en motivos urbanos si bien se decanta por enclaves solitarios y apartados del bullicio cotidiano.

En el apartado de Figuras se aprecian unos altibajos cualitativos que a pesar de los intentos de la organización por subsanarlos (nos consta la progresiva reducción anual de participantes), los contrastes son aún llamativos, por lo que sólo destacaremos el óleo de Revello de Toro, su “clásica” mujer, intimista y soñadora, con la conocida maestría y liberalidad de pincel que le caracteriza; el dibujo de Antonio Montiel, un pastel y carbón con la efigie de la Soledad de San Pablo, efectista y monumental; Torres Narváez, que en esta ocasión abandona el ambiente rociero y los corrillos de flamencas y se traslada al monaguillismo de finales del XIX, y el lienzo de Rando Soto, cuyo asunto ¿felino? y forzado encuadre nos extraña sobremanera en su producción habitual. Entre los más jóvenes, la evolución de Raúl Berzoza es un hecho indiscutible desde las últimas convocatorias. Su dominio del dibujo y poderosa pincelada vislumbran unas expectativas óptimas para que, en pocos años, desborde las lindes academicistas que se autoimpone y acometa una sintaxis menos atemperada y más comprometida, sin duda alguna, con nuevas formas de expresión.

El peso de la tradición marinera en la pintura malagueña es aún, a comienzos del siglo XXI, palpable y manifiesta. Las consignas pictóricas que se imponían para ejecutar una marina según los cánones preceptivos (gradaciones de la luz,

estudio del celaje, detallismo descriptivo,...) y que serían repetidas y reformuladas hasta la saciedad por una pléyade de practicantes –a partir de las enseñanzas de Emilio Ocón-, permanecen como postulados inalterables en las obras de los cuatro marinistas presentes en este Salón. El más veterano de todos, Gómez Navas, marino antes que pintor, mantiene su predilección por los navíos de tres palos y velas cuadas; González de Lara, en cambio, se refugia en calas solitarias y ambientes serenos, buscando con asiduidad amaneceres o crepúsculos, franjas horarias también del gusto de Miguel Velasco, si bien su paleta encendida y grandilocuente lo acerca en demasía a la retórica de un Muñoz Degraín. Para terminar, Moreno Ortega leva anclas en su *Barco viejo*, macizo y fantasmal, con su peculiar pincelada que aglutina pigmentos y difumina contornos, estilo vistoso y colorista que emplea sin distinción en cualquiera de sus recurrentes temáticas.

En conclusión, este XVIII Salón de Otoño prosigue en su línea de divulgar cada año obra reciente de artistas malagueños que, bien por convicciones estéticas, bien por motivaciones comerciales, se han acomodado en una figuración de inicio tradicional pero que ciertos autores, como hemos comprobado, superaron hace décadas y se adentraron en terrenos de experimentación plástica, con resultados altamente convincentes. Insistimos en nuestra opinión de que el Salón debe renovar esfuerzos e incorporar artistas –muy conocidos y cotizados- cuya vinculación al realismo carece de cualquier vestigio anquilosado o trasnochado, y, sobre todo, atraer, de nuevo, a esas firmas de la modernidad histórica cuyo figurativismo –ya sea pop, surreal o mágico- tanto supuso en la renovación de la pintura local y merecen figurar, con pleno derecho, en un evento de estas características, aun a costa, justo es decirlo, de otros nombres cuyo escaso mérito consiste en practicar una figuración simplona y deficiente que rebaja en mucho la calidad general de la exposición. Con ello se conseguiría un triple objetivo: reforzar aún más el prestigio del Salón en la agenda cultural malagueña; eliminar o, al menos, paliar el marchamo de “pintura tradicional”, con lo que de peyorativo aún conlleva dicha expresión, y, finalmente, la conjunción entre veteranía y juventud y la aleación modernidad/tradición, renovarían y actualizarían un evento muy digno e históricamente aceptado y esperado; cambios que, a buen seguro, contarían con el beneplácito de artistas, público y crítica.